

Palabras de Juan José Echavarría para el lanzamiento del libro

“Superando barreras: el impacto del crédito en el sector agrario en Colombia”

Son muchas las instituciones y personas a quienes debemos agradecer en este gran esfuerzo colaborativo que duró más de cuatro años. Entre las instituciones, un reconocimiento especial al Banco Interamericano de Desarrollo, a Finagro, al Banco Agrario, al DANE, a la Universidad del Rosario y al Banco de la República. En el BID un agradecimiento especial a José Juan Gomez, quien por primera vez sugirió realizar un trabajo como éste en Colombia, y a Carmen Fernández que pacientemente gerenció el proyecto durante un largo período, siempre confiando en que saldríamos adelante; Ana María Cuesta, Gabriela Aparicio, Álvaro Concha y Sebastián Vargas realizaron un seguimiento continuo y riguroso de cada capítulo desde el inicio. En Finagro, agradecemos el apoyo especial de Juan Pablo Bustamante, Paula Zuleta, y Jesús Vargas, de quienes aprendimos enormemente sobre las características del crédito agropecuario en Colombia. En el DANE su director Mauricio Perfetti y Juan Francisco Martínez pusieron el nuevo Censo Agrícola a nuestra entera disposición. En la Universidad del Rosario agradecemos al apoyo de los decanos de economía Hernán Jaramillo y Carlos Sepúlveda. Finalmente, en el Banco de la República un agradecimiento especial a Consuelo Páez y a todo su equipo, por el apoyo en la corrección y diagramación del libro, y a Margarita Gáfaró, Dairo Estrada y Luis Ignacio Lozano por sus acertados aportes. Daniela McAllister y Juan David Hernández fueron coautores de algunos de los capítulos.

En Colombia se han desarrollado varias investigaciones importantes en torno al agro. Una de las más recientes y relevantes es el libro de la Misión para la Transformación del Campo, liderada por José Antonio Ocampo, donde se presenta una radiografía del sector, tanto en materia de productividad como de calidad de vida. Otro ejemplo es el trabajo de Argüello y Poveda (2016), donde se encuentra que la diversificación de ingresos está negativamente correlacionada con el tamaño de la UPA y positivamente asociada con el nivel de ingresos de los hogares. Por su parte, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE, 2015) resalta la baja productividad y competitividad que atraviesa el sector agropecuario en Colombia, debido principalmente a una infraestructura deficiente y a un acceso desigual a la tierra. Ibáñez (2008) refuerza esta idea, argumentando que el conflicto armado, que ha generado más de 3,5 millones de desplazados, ha estancado al sector y empobrecido a la población rural.

Estos y otros estudios como los de Berry (1976), Junguito (2014), Fernández, Piñeros y Estrada (2011), Lozano (2009), y aquellos de instituciones como los del Banco Mundial (2003), DNP (2015), y Finagro (2012), han contribuido a caracterizar el agro en Colombia, incluyendo las dificultades y los retos del sector. Sin embargo, son muchas aún las preguntas a responder, en parte debido a las dificultades para obtener información detallada a nivel de productor, cultivo, o predio. El último Censo disponible era el de 1970, y la información detallada de ese Censo desapareció.

Para la elaboración del libro se utilizaron exhaustivamente, y por primera vez, los datos del Censo Nacional Agropecuario de 2014, con una cobertura del 98,9% del sector. Igualmente, para ampliar la perspectiva del crédito, se utilizaron los datos proporcionados por Finagro, durante el período 2004-2014, con información detallada sobre montos, tasas, fechas, colaterales y subsidios.

Cabe destacar que los créditos bajo condiciones Finagro representan el 95% de los créditos otorgados por el Banco Agrario y una proporción alta del crédito agropecuario (público y privado) en el país. Asimismo, para medir el impacto de los créditos en el sector cafetero, se utilizó la información provista por el Sistema de Información Cafetera (SICA) durante el período 2006-2014. Este sistema registra a los productores que tienen cédula cafetera y detalla la producción, así como su relación con la Federación a lo largo del tiempo. Por último, se empleó la base de datos del Sisbén para extraer información referente a servicios, capital humano, y características del hogar y de la vivienda para los años 2005, 2011 y 2014.

En sus diferentes capítulos el libro muestra que el acceso al crédito ha sido una fuente invaluable de bienestar en el campo, pues ha permitido elevar la productividad, reducir la pobreza y mejorar la calidad de vida de los colombianos. Entre algunos resultados específicos se muestran los siguientes:

- El impacto del crédito no es lineal, y un desembolso de 100 millones de pesos tiene menor impacto que 100 desembolsos de 1 millón de pesos. Es adecuado, por tanto, prestar especial atención a los préstamos a los pequeños productores.
- El crédito proveniente de los bancos privados tiene un impacto mayor que el de otras fuentes de crédito, tanto en el rendimiento del cultivo como en la reducción de la pobreza. Los préstamos provenientes del banco agrario también tienen un impacto significativo, pero menor al de las demás fuentes.
- El crédito otorgado por prestamistas o particulares, asociado quizá con el fenómeno conocido como “gota a gota” tiene un impacto menos saludable. Eleva el rendimiento del cultivo menos que los demás, y no reduce la pobreza (como sí ocurre con otras fuentes).

Quisimos organizar el libro de la siguiente forma:

El capítulo 2 implementa la metodología de *propensity score matching* para estimar el impacto del crédito sobre el rendimiento de las fincas y sobre el nivel de pobreza de los agricultores, utilizando los microdatos del censo de 2014. Se contrastan resultados para los cultivos transitorios, anuales y permanentes, y se compara el impacto de diversas fuentes del crédito: los almacenes de insumos agrícolas, el Banco Agrario, los bancos privados, y los particulares o prestamistas.

El capítulo 3 también hace uso de los microdatos del Censo para evaluar algunos de los factores que determinan el nivel de vida de la población rural. Se emplea modelos con variables dependientes discretas, donde la principal variable “dependiente” es el índice de pobreza multidimensional. En el capítulo se muestra que ni el índice de pobreza ni sus componentes varían de manera sustancial con el tamaño de la UPA, pero sí se observan diferencias importantes cuando se considera la edad de los habitantes en el sector rural. En particular, los jóvenes son más pobres pero un mayor porcentaje de jóvenes sabe leer y obtiene mejores niveles educativos.

Finalmente, el capítulo 4 sigue la historia crediticia, y su impacto, para unas 500 mil familias en el sector cafetero entre 2006 y 2014. Los resultados son complementarios con los del capítulo 2 (Censo Agrícola). Se discute nuevamente el impacto del crédito sobre la producción, productividad, y demás variables de la finca, pero en este caso pudo trabajarse con información de panel para casi

10 años, y cruzar la información del SICA cafetero con la de Finagro (condiciones y destino de los préstamos) y el Banco Agrario (aceptaciones y rechazos de solicitudes de crédito).

La infraestructura, la paz, el acceso a la tierra y al crédito son los cuatro elementos que, en nuestro concepto, permitirían un desarrollo sostenible del sector agropecuario en Colombia, un sector que ha estado rezagado durante décadas, y que hoy concentra buena parte de la pobreza extrema en nuestro país. El libro muestra la baja cobertura del crédito y lo mucho que se podría ganar con políticas de inclusión financiera en el Agro.

Muchas gracias, Juan José Echavarría.